

Ricardo Menéndez Salmón

Horda





Seix Barral Biblioteca Breve

Ricardo Menéndez Salmón
Horda

© Ricardo Menéndez Salmón, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2021

ISBN: 978-84-322-3923-6

Depósito legal: B. 13.146-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

I

Él cubrió el cuerpo de tierra, escupió a un lado y arrojó la pala. Entonces miró en torno suyo con recelo y astucia. No había nadie. Así que buscó alguna palabra que pronunciar, pero no encontró más que un vacío desalentador en su memoria.

Desde la atalaya, entre las tumbas anónimas, apenas un conjunto de agujeros en el suelo anegado por la constancia de las últimas lluvias, comprobó que la playa era un haz de hogueras. En un extremo del tómbolo, junto al roquedal sombrío, ubicó a una mujer que se afanaba cavando con las manos. A su lado una tela ocultaba un bulto. Quizá la historia de la mujer no fuera muy distinta de la suya. Las personas habían aprendido a dejar de lado muchas cosas, pero ciertos rituales persistían.

Las hogueras temblaban con fervor animal y la mujer se obstinaba en su faena. Él la contempló con más curiosidad que reverencia. Cuando terminó de cavar, empujó la tela al hueco, la tapó con arena y permaneció arrodillada unos segundos. Después se levantó y caminó en dirección a los fuegos.

Él advirtió que los dueños de las hogueras se desplegaban al modo de una centuria negra. Y sospechó lo que sucedería. Aunque desde la distancia no podía oírla, supo que la mujer iba a infringir la norma porque quería terminar.

Lo último que vio de ella, antes de abandonar su observatorio, fue cómo desaparecía bajo los golpes, las patadas, los mordiscos, convertida ya en otra cosa: cadáver, despojo, nada.

De regreso tuvo que salvar un control de experiencia. Se aproximó a la terminal, apoyó la nuca en el receptor y las dos niñas lo conectaron al tesoro. De reojo, mientras el monstruo lo vaciaba, las vio emitir, recibir, compilar, cotejar, deducir. Lo aterró, como siempre, la impavidez de sus rostros, carentes de edad. Aquella emotividad marchita, como si cada gesto viviera conservado en formol, era peor que cualquier dolor que pudieran causarle.

Ya libre, estuvo tentado de acercarse a la playa, pero prefirió volver a casa antes de que llegara la noche. Las calles estaban sumidas en una luz verdosa, procedente de los dispositivos conectados a Magma, y un fulgor de acuario hacía que caminar resultara una experiencia cercana a la ensoñación. En realidad, ya nunca era de noche. Las ciudades irradiaban tanta luz que la experiencia del cielo estrellado había desaparecido. Al momento consagrado por la luz diurna seguía un sucedáneo de noche puntuado por la vigilia electrónica. La certeza de la negrura existía solo en el acervo celular de los ancianos. Si quería ser honesto, Él no recordaba haber vivido alguna vez en un mundo donde la noche constituyera una evidencia impenetrable.

En su manzana, cerca de los garajes comunitarios, halló a un hombre sometido a un control de experiencia. La pareja que lo vaciaba era mixta, un niño y una niña, pero sus rostros eran intercambiables con los que le habían escrutado minutos antes: la misma idiocia tranquila, el mismo gesto anfibio entre la estulticia y la apatía. El tesoro emitió de pronto su singular pitido, la señal temible del dato erróneo, la prueba segura de una caída en las conductas prohibidas.

El hombre se agitó en vano. Luchó por liberar su nuca y Él oyó cómo su furor se hacía grito, rabia, locura. Incapaz de articular sonidos con sentido, se

debatía todavía un rato antes de que su cuerpo cediera igual que una vela sin viento. Oculto tras un árbol, como un depredador, Él contó los latidos de su corazón. Al llegar a sesenta, comprendió que el hombre estaba muerto.

El lugar se llenó de niños. Como si un sexto sentido los informara de lo sucedido, convergieron hacia el cuerpo exhausto y vencido. Él pensó en una mosca atrapada en una tela de araña. Solo que las propietarias de la tela eran muchas. Los niños se aproximaban al tesoro y en estricto orden de llegada, sin urgencia, echaban un vistazo. Después se retiraban por donde habían venido, mientras la pareja del control de experiencia los saludaba con un gesto de asentimiento o con un apretón de manos. Quienes pasaban junto a Él seguían hacia otras calles, hacia la noche encendida, y se perdían silenciosos y eficaces, subrayando la pertinencia de la alegoría arácnida.

Retirados los espectadores, el niño del control de experiencia pulsó en la manga de su uniforme. Poco más tarde, Él vio aparecer un vehículo de incineración. Plano, vigoroso y negro, un caparazón reluciente y armónico, de su interior descendieron dos niñas vestidas con trajes reflectantes que transportaban una camilla de kevlar y caucho. Le impresionó la pericia que las niñas mostraron para desprender el cadáver del tesoro y tenderlo sobre la camilla con movimien-

tos precisos. Entre tanto, una tercera niña manipulaba la parte trasera del vehículo. De ella comenzó a surgir una plataforma rectangular de dos metros de largo por metro y medio de ancho, que al tiempo que se desplegaba fue descendiendo hasta posarse en el pavimento y liberar la parte superior de su estructura. Tras concluir la operación, la niña depositó en su interior una redoma. Sus compañeras introdujeron al muerto y sellaron la plataforma. Por una rendija de ventilación, la tercera niña aplicó un soplete.

Una deflagración animó la escena. Él aspiró el hedor invasivo del propano.

II

Magma desplegó su esplendor. Ojos de huracanes, decatletas en pleno esfuerzo, multitudes asombradas en delfinarios, mandalas en festivales de la cosecha, promociones de niños en la escala del triunfo. Él admiró el carrusel desencadenado por su entrada en casa, una lluvia de estímulos. Colocó el sistema en pausa e intentó descifrar la imagen detenida: un abismo de rocas y espuma, la caída vertical de un acantilado. Echaría de menos al mono. Aún llevaba su olor entre las manos, como un perfume antiguo. Y ahora tenía que aprender a vivir con su simulacro, con las fotografías que en las paredes de la casa señalaban su época de lactante, sus sucesivos cambios y su final decrepitud. Colmar una ausencia con copias de un ser vivo. Algo patético.

Se dejó caer en la cama. El acantilado invadía suelo, paredes y techo. Al modo de los viejos dioses, Magma estaba en todas partes. *Intimidación* era ya un concepto intrascendente. Él intentó vincular las vivencias de las últimas horas con la perspectiva salvaje y pura del desplome, un espectáculo que mezclaba la tentación del suicidio con la promesa del vuelo. Pero no encontró modo de situar en el mismo ciclo de regeneración y muerte el paisaje de agua y piedra con su ascenso a la atalaya llevando el cadáver del mono, la visión de la mujer inmolándose ante los guardianes, la incineración del hombre desenmascarado por el tesoro.

Reactivó el sistema. Al desvanecerse la visión del acantilado experimentó alivio. Asumió que la continuidad de imágenes era menos lesiva que la fijación de una imagen concreta. Pues la imagen sola demandaba el relato, cualquier tipo de relato, mientras que la continuidad se convertía en una pauta fisiológica, el pulso cotidiano de una especie incapaz ya de susstraerse a la cinética.

Magma era un proveedor inagotable de estímulos. Nadie sabía cómo ni de qué manera renovaba su fondo, pero hasta donde la memoria colectiva se extendía jamás, en su devenir, había repetido una imagen. Solo la secuencia primordial, que ostentaba rango totémico, de modo parecido a como en las antiguas religio-

nes y políticas se adoraba un símbolo (un pesebre en Palestina, el artículo de una Constitución), se reiteraba una vez cada día, durante el ciclo de veinticuatro horas en que Magma, nunca desfalleciente, glorificaba la visión para sosiego de los usuarios.

Con el olor de un mono muerto entre las manos y la visión de una mujer linchada y un hombre vaciado en su recuerdo, recapituló la imagen de imágenes. En ella había reyes y súbditos, cielo y mar, campiña y una ciudad, pero ante todo y sobre todo estaba la construcción. Su aspecto se hallaba entre el coliseo, la torre y el zigurat, como si su creador (la imagen reproducía una pintura, aunque se desconociera quién era su autor y la época en que había sido ejecutada) hubiera mezclado en ella intereses diversos hasta otorgar a su obra un aspecto equívoco. La imagen hacía pensar en una gigantesca tarta de boda con los ingredientes a la vista. Algo en ella invitaba al desaliento, la irritación, incluso la furia. La construcción era no solo confusa, sino extraordinariamente alta, un hecho que el artista había reflejado mediante la circunstancia de que la cúspide que coronaba la estructura se hallara circundada de nubes.

Andamios, gradas y escalones se alternaban en el ascenso, y Él, que se había educado en la imagen pero ya solo veía en ella un clima, una atmósfera, descubría de vez en cuando un secreto: un trabajador que hasta

entonces le había pasado desapercibido, una maquinaria en alguna de sus vueltas y revueltas, cierto hueco que hacía pensar en un pasadizo o en una cámara que su muñidor olvidó sellar. La sensación dominante era el caos, aunque también el orgullo. Y se sugería la peripecia de una ofensa. Parecía obvio que Magma empleaba la imagen a modo de advertencia. La pedagogía subyacente apuntaba que la construcción, de un modo no del todo diáfano pero sin duda indiscutible, había supuesto un enorme error.

Él abandonó la cama para comer. Estaba demasiado cansado para cocinar, así que saqueó la nevera y devoró de pie lo que encontró. Alimento como combustible. Nada más.

La cocina disponía de una ventana dispuesta sobre un patio limpio, con pérgolas de glicinas y una fuente viva y rumorosa. La fuente, decorada con gárgolas que escupían agua, estaba protegida por una concha de piedra circular, sin adornos, pensada para sentarse. Él abrió la ventana, asomó el cuerpo, contempló el patio y vio algo que le provocó un espasmo, como si le hubieran clavado un alfiler.

Sentada en la concha había una mujer. Y en sus manos, inconfundible, llevaba un libro. Aunque lo más asombroso no era que estuviera leyendo, sino que lo hiciera en voz alta.

La mujer levantó los ojos y descubrió al observa-

dor. Con algo que más tarde Él recordaría con una vaga sensación de triunfo, la lectora rompió a reír, cerró el libro, se alzó como un resorte y desapareció a la carrera.

Igual que un murmullo de hojas, la risa la acompañó en su fuga.